Rupert Thomson

Secretos

Traducido del inglés por Catalina Martínez Muñoz

Alianza Editorial

Título original: *Secrecy*

Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.

© 2014 by Rupert Thomson
© de la traducción: Catalina Martínez Muñoz, 2015
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2015
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-206-9939-4
Depósito legal: M. 6.838-2015
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para Calvin Mitchell
siempre

Perro en lobo, luz en crepúsculo,
vacío en presencia que aguarda.
Thomas Pynchon

El terror es parte de mí.
Tamura Ryûichi

Uno

Llegó un día de noviembre en que soplaba un viento frío y la lluvia empapaba los campos. El año era 1701. Desde mis dependencias privadas vi detenerse su carruaje con un chirrido: un vehículo alto y ligero, semejante a una araña, perfilado en negro contra el azul humo de los adoquines. La puerta se abrió unos centímetros. Se cerró de nuevo. Volvió a abrirse por completo. Buscando el suelo con pie cauto, casi maniático, descendió el viajero. En aquel momento comprendí que se estaba muriendo. La revelación me cogió por sorpresa y me llevó a observar con mayor atención su silueta esbelta, con la casaca oscura abotonada hasta el cuello, que estudiaba los chorreantes muros del convento. Mi ventana se encontraba en el último piso; no me vio.

El mes anterior me había escrito una carta. «No me conocéis —comenzaba diciendo—, pero debo contaros un asunto del máximo interés que sólo en persona puedo confiaros, cara a cara». Su caligrafía era densa y nervuda como un seto de espino, y empleaba más palabras de las que eran estrictamente

necesarias. ¿Señal de nerviosismo? ¿Falta de educación? No sabría decirlo. Vi que hablaba con el portero y que éste apartaba la vista del recién llegado para mirar al cochero. Había resignación en la expresión de ambos, además de una pizca de burla. ¿Habían percibido lo mismo que yo? Tal vez llegue un momento en la vida en que se pierde la capacidad de llamar la atención, en que el mundo comienza a ignorarlo a uno porque no cree que uno pueda ya ejercer demasiada influencia sobre él. Con un escalofrío, me alejé de la ventana.

Tomé asiento, pensando en prepararme. Aparte del anillo ovalado que llevaba en la mano izquierda, el tocador era mi única concesión a la vanidad, por el preciado aunque modesto placer que me procuraba. El espejo me mostró las arrugas, las bolsas, la piel fláccida: el trabajo de talla al azar que dejaban los años de inquietud y desengaños. Pese a todo, al menos había vivido. Cincuenta y seis años, pero… Con el hábito sencillo y sobrio de una abadesa: yo, ¡Marguerite-Louise de Orleans! ¿Quién lo habría imaginado? No el maestro de danza, aunque es probable que este atuendo le hubiese resultado divertido. No el cocinero, ni el poeta ni el mozo de cuadras. Ninguno de mis numerosos amantes, en verdad, excepto, quizá, el Gran Duque de la Toscana. Claro es que yo no podría aparentar haber pensado en él alguna vez como amante. Como marido, sí. No como amante. Su desgana amatoria no era digna de tal nombre. Estoy segura, sin embargo, de que aprobó la decisión del rey francés de enviarme a un convento. Es lo mejor para ella, le oí decir. Ojalá se pudran sus huesos en el infierno. Amén.

Froté con colorete mis mejillas y tracé los altivos arcos de mis cejas. Mis labios, que habían perdido carnosidad con los

años, también necesitaban unos retoques ornamentales. En mitad de la tarea me vi interrumpida por una novicia que se sonrojó y apartó la mirada al ver lo que yo hacía.

Me anunció que tenía visita.

—Lo sé —asentí.

Cuando finalmente le hizo pasar, yo estaba junto a la ventana, en mi gabinete. Paredes desnudas, sillas duras. Una chimenea con un montón de troncos que pugnaban por arder.

—Zumbo —dije.

Se inclinó.

—Reverenda madre.

A juzgar por su casaca, que era extranjera y distaba mucho de estar nueva, no era un hombre extravagante, ni siquiera parecía estar al corriente de las modas del momento. Bajo un brazo llevaba una carpeta marrón muy gastada.

—La verdad —dijo—, no sabía cómo dirigirme a vos.

—Reverenda madre está bien.

Me miró fijamente, con una extraña mezcla de curiosidad y afecto. Tenía el contorno de los ojos hinchado, casi irritado, como si no hubiera dormido.

Me volví a la novicia.

—Puede retirarse —dije. Y esperé a que hubiera salido para acercarme a mi visitante—. No se encuentra usted bien, ¿verdad?

—¿Puedo sentarme?

Le indiqué una silla al lado del fuego.

Ese verano, me contó, estando en Marsella, sufrió un dolor de cabeza tan repentino y violento que cayó al suelo. Lo llevaron a un hospital próximo al puerto. El aire olía a tripas de pescado y

a tinta de calamar; se sintió mal nada más llegar. La mujer que regentaba el hospital era pelirroja, y él, en su delirio, creyó que estaba en llamas; pidió agua, no porque tuviera sed sino para apagar el fuego. Compuso con los labios una sonrisa breve e irónica antes de continuar. La gobernanta avisó a un barbero-cirujano y éste le anunció que su hígado estaba fallando y que no terminaría el mes. Pero terminó el mes. No obstante, a su llegada a París, el médico del rey le confirmó el diagnóstico.

—Sabía que estabais enfermo —dije—. Lo he notado en la manera en que os habéis apeado del carruaje.

Zumbo se acarició el pelo con la palma de la mano.

—Vuestra carta me intrigó —proseguí—. Pero ésa era vuestra intención, ¿no es cierto? Me contabais lo justo para asegurar-os una audiencia. —El viento gemía en la chimenea; una ráfaga de humo se coló en la estancia—. Sin embargo, me temo que nunca había oído hablar de vos. Tuve que hacer indagaciones.

Me miró como si se sintiera acorralado.

—¿Y qué descubristeis?

—Hay cierta polémica en torno a vuestro apellido.

—Zummo es mi apellido, y así se me ha llamado la mayor parte de mi vida. Añadí la «b» cuando empecé a relacionarme con los franceses. Les resultaba más fácil.

Su explicación me pareció sospechosa, pero lo pasé por alto.

—Hacéis objetos —señalé—. De cera.

—Sí.

—Unos os tienen por un maestro artesano. Otros dicen que sois un hechicero. Que sois misterioso, obsesivo. Controvertido.

Bajando la mirada, Zumbo asintió.

—En un principio creí que vuestra visita era idea de mi marido —dije—, y cuando supe que habéis trabajado para él, que de hecho habéis gozado de su mecenazgo, bueno, ya podéis figuraros…

—Entonces ¿por qué accedisteis a verme?

—Sentía curiosidad y estaba aburrida, y ni siquiera a un hombre tan ingenuo como el Gran Duque se le ocurriría enviar como embajador a un «artista».

Zumbo sonrió para sus adentros.

—Y bien —dije, con súbita impaciencia—, ¿cuáles son esas noticias que tanto van a interesarme supuestamente?

Levantó la cabeza despacio, tensando el rostro de tal forma que adiviné los huesos por debajo de la piel.

—Se trata de vuestra hija —explicó.

—¿Anna Maria? Qué decepción ha sido esa muchacha. Un adefesio, a decir verdad. Claro que con un padre como…

—Ella no. La otra.

Aunque seguía sentada, sentí como si un remolino me arrastrara. Las paredes del presente se derrumbaron y el pasado lo anegó todo: turbulento, irrefrenable, cargado de escombros.

—¿Cómo sabéis eso? Nadie lo sabe.

No respondió.

Todavía mareada, me levanté y me acerqué a la ventana. Fuera, la lluvia caía inclinada como violentos trazos de lápiz, como si el inhóspito paisaje, al este de París, fuese un error que alguien se afanara en tachar.

—Decidme —contesté por fin, con fingida indiferencia—. No tengo nada mejor que hacer.

—Muy bien —respondió.

Dos

Aquél debería haber sido uno de los momentos más emocionantes de mi vida. Me encontraba en la cima de un risco, contemplando Florencia por vez primera. Última hora de la tarde. El 18 de abril de 1691. Un sol anaranjado caía, tembloroso, tras un banco de nubes, como algo que nace. No quedaba más de una hora de luz. Mientras observaba los edificios arracimados a mis pies, las almenas de las prominentes torres veladas por la bruma que subía del río, palpé el trozo de papel arrugado en mi bolsillo, la carta de Cosimo III, Gran Duque de Toscana, y sin embargo… Y sin embargo ¿qué?

Aun cuando la danza veloz de los pájaros sobre los tejados atrapaba mi atención, no pude por menos que mirar de soslayo por encima del hombro. No había nada, naturalmente. Nada. Sólo la hierba serena, y los pinos, austeros y densos, y la bóveda malva del cielo, alto, inmenso… Más de quince años habían transcurrido y, no obstante, me había sido imposible olvidar lo que un buen día dejé atrás, lo que me seguía el rastro. Siempre temí que pudiera llegar un momento en que, como en los sue-

ños, descubriera que no podía correr, ni siquiera moverme, como si me encontrase hundido en la arena hasta la cintura, y entonces me alcanzaría, y todo estaría perdido.

Abandoné mi ciudad natal de Siracusa en 1675, con los rumores pisándome los talones como una jauría de perros. No tenía más que diecinueve años, pero sabía que no habría retorno. Pasé por Catania y seguí adelante por la costa, con el Etna acechando en el cielo a poniente, el Etna con sus fértiles laderas, sus exquisitos frutos y flores y su promesa de destrucción. De Mesina zarpé rumbo a poniente. Estábamos a finales de julio y la noche era sofocante. Una luna rojiza teñía de óxido y cobre el perfil de las nubes. El aire no se movía, pero el mar se alzaba y se tensaba como si luchara por liberarse, y por momentos me hacía creer que la nave iba a naufragar. Eso habría causado mi muerte, y algunos habrían recibido la noticia con regocijo. ¡Con regocijo! *Porco dio*.

Pasé uno o dos años en Palermo y embarqué de nuevo con destino a Nápoles. Yo no era culpable de lo que de mí se decía, pero hay en una mentira bien contada una especie de verdad, y esa verdad puede aferrarse a un hombre como el sabor a ajo crudo o el olor a humo. La gente siempre está dispuesta a creer lo peor. A veces, en las titubeantes horas que preceden al alba, cuando una vez más me veía obligado a dejar mis habitaciones por miedo a ser descubierto o denunciado, era tal mi amargura que, si por casualidad pasaba por delante de un espejo, a duras penas me reconocía. Otras veces, me reía a la cara de lo que me perseguía. Que distorsionen los hechos a su antojo. Que me difamen. Que escarben en su mugre. Yo labraría mi propio ca-

mino, y sería complicado y glorioso como ellos jamás podrían imaginar, aun en sus sueños más descabellados. No confiaba en nadie. No permitía que nadie confiara en mí. Había estado en muchas partes, pero contaba con mi trabajo y creía que en él estaba mi salvación. De todos modos, vivía a salto de mata, como los hombres en tiempo de guerra, y llevaba conmigo un cuchillo a todas horas, a pesar de que en la mayoría de las ciudades estuviera prohibido, y de vez en cuando volvía a rememorar el pasado y a palpar las heridas con dedos cautos. Fue en este estado de ánimo, siempre vigilante, a menudo insomne, como me abrí camino, finalmente, hasta Florencia.

Contemplé una vez más la ciudad a mis pies. Entre los palacios y las casas de vecindad descollaba la cúpula rojiza de Santa María del Fiore, como una granada partida por la mitad y apoyada sobre una mesa rebosante de viandas, con su densa corteza vaciada y sus frutos semejantes a rubíes marchitos desde largo tiempo atrás. No oía voces ni bullicio alguno, aunque esto no debería haberme extrañado. Pensé en las tierras que había recorrido, en las granjas desiertas, sin tejados, las calzadas y los caminos asolados por la maleza, en las olivas sin recolectar que miraban como pupilas reventadas desde sus ramas.

Un país fantasma.

En lo alto de aquel risco, me arrodillé, no porque me animara un sentimiento de devoción o asombro sino porque quería contemplar el mundo en el que me disponía a adentrarme, darme unos momentos hasta estar preparado.

Cuando cruzaba la puerta del sur, una campana anunciaba la hora con insistencia y desamparo. El centinela me dijo que

tenía suerte. Un minuto más y habría tenido que dormir extramuros. Pareció lamentarlo; quizá lo había privado yo de uno de los placeres clandestinos de su oficio. Le mostré mis papeles a un guardia. Bostezó y, con un gesto de la mano, me indicó que podía continuar. Me encontré en la Via Romana. Los edificios se amontonaban a ambos lados, con sus altas fachadas entre grises y amarillas, erizadas de ventanas protegidas con rejas y aleros tan exagerados que casi se encontraban en el aire. Una cinta de cielo delgada y oscura. Oí que la puerta se cerraba con estrépito y una mujer maldecía. Se había quedado fuera, seguramente. El centinela estaría contento.

Llegué al Ponte Vecchio, con sus joyerías cerradas ya a esa hora. En el centro, me detuve y me incliné sobre el parapeto. La brisa que venía del río olía a fango y a lenteja de agua. Dieciséis años de vacilantes llegadas y repentinas e improvisadas partidas; todos mis placeres arrebatados, todas mis promesas despreciadas o rotas. Me acordé de una tarde pasada con una joven viuda durante mi última visita a Roma. Sus párpados latían y temblaban cuando yacía bajo mi cuerpo, y su escote brillaba de sudor: me recordó la exquisita escultura de Santa Cecilia de Maderno. *Quédate conmigo,* murmuró. *Estamos hechos el uno para el otro*… Pero ahí me encontraba una vez más, con todo por delante, todo desconocido.

Minutos más tarde, cuando el muro alto y sobrio del Bargello se irguió ante mí, la presencia de varios objetos redondos en las almenas me hizo detenerme. En la oscuridad únicamente acerté a distinguir unos dientes y una mata de pelo. Un hombre calvo salió de un portal y dirigió la vista hacia donde yo miraba.

—Sodomitas —dijo.

Un par de días antes, continuó, un cuervo se había posado justo donde estaba yo, con un globo ocular humano en el pico. Encogiéndose de hombros, regresó a su exigua exposición de hierbas y bayas.

Le pregunté si conocía una posada llamada la Casa de las Conchas. La había dejado atrás, me dijo. Estaba en la Via del Corno, detrás del Palazzo Vecchio.

Llovía, aunque no con fuerza, y me apresuré por las calles húmedas y extrañamente enmudecidas.

Di con la posada que Borucher, el secretario del Gran Duque, me había recomendado, y pasé por debajo de un pórtico a un patio estrecho. Las paredes sucias y grises se alzaban hacia el cielo como una tapadera negra. Dudé de que el sol llegase alguna vez hasta el suelo, ni siquiera en verano. ¿Sería un sitio cómodo? No lo parecía.

Estaba a punto de llamar a la puerta cuando apareció una niña de unos once o doce años.

—¿Es ésta la Casa de las Conchas? —pregunté.

Su frente cuadrada y pálida me recordó una hoja de papel en blanco. En el pelo, largo y lacio, llevaba trenzadas plantas y briznas de paja. Calzaba unos zapatos del tamaño de una barca de remos.

—Ésta es la entrada trasera —dijo—. De todos modos, estamos al completo.

—Tengo una habitación reservada.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Zummo.

Me llevó por un pasillo oscuro y con olor a vinagre.

—Mi madre lo atenderá —dijo, volviendo la cabeza por encima del hombro.

Sus modales eran elegantes, si bien andaba con torpeza y desgana. Con cada paso elevaba el torso hacia el techo y lo dejaba caer a continuación, como una marioneta manipulada desde lo alto por unos hilos invisibles. Se me ocurrió que quizá tuviera un pie deforme o las piernas de longitud desigual.

Pasamos por otro pórtico a un segundo patio, donde una mujer de mediana edad, con un chal naranja, estaba inclinada sobre una gallina que intentaba escapar. Con un movimiento inesperado, retorció brutalmente el cuello del ave y se incorporó después, con la gallina muerta colgando de su puño como una flor mustia.

—Usted es el escultor —dijo.

—Así es.

—Lo espero desde hace una semana.

—Vengo andando desde Siena. He tardado más de lo que pensaba.

Me dirigió una mirada inquisitiva, como si mis palabras fueran un código cifrado. El pelo, del color de la ceniza y bien estirado hacia atrás, caía entre sus hombros como una cuerda. Le faltaba uno de los incisivos superiores.

—Su equipaje ya ha llegado —anunció—. Una montaña de cosas. Ya está en su habitación.

Le di las gracias.

Entornó los ojos.

—Tendré que cobrarle las noches de más.

—Por supuesto.

—Soy la *signora* de la Mar, por cierto.

—¿Eso no es español?

—Mi marido, Dios tenga en su gloria a ese rufián despreciable, era español. —Se santiguó con desgana y le dio entonces la gallina a la niña—. Lleva esto a la cocina. —Y se volvió a mí cuando la muchachita se hubo marchado—: Se llama Fiore. Espero que no lo moleste.

—¿Es su hija?

—Sí.

Me acompañó a mi estancia, en la sexta planta, con vigas oscuras en el techo y las paredes pintadas de un tono rosa oscuro. Había un escritorio, una chimenea y una cama con el armazón de metal negro. Mi equipaje estaba apilado en una alcoba, detrás de una cortina de terciopelo marrón.

—La chimenea funciona —dijo—, pero la leña es cara.

Esa noche dormí a intervalos. Notaba el pecho tenso y tenía una maraña dentro de la cabeza, el cerebro compuesto por miles de fragmentos de cuerda enredados al azar me funcionaba a una velocidad asombrosa. De madrugada dejé el lecho y separé la cortina de tiras de hule que cubría la ventana. Vi un paisaje de torres y de cúpulas, y, al fondo, más oscuro que el cielo, el risco donde me había detenido unas horas antes.

Estando apoyado en el alféizar, regresó a mí un sueño. Subía por una escalera empinada en la oscuridad. Al alcanzar el rellano, me dirigí a una puerta que se abrió mientras yo me acercaba. En la sala había un hombre sentado en el suelo, con la espalda contra la pared. Yo adivinaba que era el Gran Duque, pese a que no tenía los labios carnosos y los ojos saltones característicos de los Medici. En realidad, con las mejillas ru-

bicundas y el pelo rubio, se parecía a mi hermano Jacopo: Jacopo, el origen de todas mis penurias y mi desgracia. El Gran Duque me reconocía, pero parecía preocupado, contemplando su mano derecha, cerrada en un puño. Yo pensaba que quizá hubiese atrapado una mosca, y aguzaba el oído a la espera de detectar un zumbido leve aunque furioso. No oía nada.

Más tarde me acompañó al jardín. Aunque era de noche, el cielo desprendía un resplandor intenso. Caminamos juntos, cómodos en la compañía del otro. Yo no me sentía obligado a decir nada y él tampoco, al parecer. Era como si nos conociéramos desde siempre.

Llegamos al final de un sendero y fue entonces cuando él habló por primera vez. Le habían dicho, explicó con serenidad, que yo le había traicionado. ¿Era eso cierto? Me dirigí a una balaustrada de piedra con la esperanza de mostrarme tranquilo, inocente. Al otro lado se abría un abismo de cientos de metros, una imagen de puro vértigo. Presa del pánico, le pregunté qué tenía en la mano. Mostró los dientes con una desconcertante sonrisa. Tuve la sensación de haber caído en una ingeniosa trampa, pero él no respondió a mi pregunta ni abrió tampoco aquel puño enigmático.

Me alejé de la ventana. Mientras volvía a la cama, un hombre empezó a hablar en alguna parte, cerca, en un tono de voz que era casi un gruñido, y si bien no acerté a distinguir lo que decía, me pareció detectar en sus palabras desafío y pesar. De mañana, cuando le mencioné el incidente a la *signora*, contestó que podía ser su marido, aunque llevaba muerto mucho tiempo, desde el año en que el avestruz escapó del recinto donde el Gran Duque guardaba su colección de animales salvajes y cru-

zó el Ponte Vecchio seguido por una multitud que imitaba los movimientos entrecortados del animal. Este recuerdo le hizo sonreír y menear la cabeza, y entonces ya era demasiado tarde para ofrecerle mis condolencias. En realidad, continuó, podía ser que yo hubiese oído a Ambrose Cuif, el francés. Vivía encima de mí, en la última planta, y padecía de insomnio, aunque, bien pensado, él tenía la voz más aguda y ligera, casi como una niña. Quizá, a fin de cuentas, lo hubiera yo soñado.

—Quizá —asentí.

Una mañana de esta primera semana me despertaron unos golpes en mi puerta. Pregunté quién era y no tuve respuesta. Abrí la puerta. Me asomé a mirar. La escalera estaba desierta; de la taberna, al fondo, llegaba flotando un ruido de voces. En el suelo, a unos centímetros de mis pies, vi algo alargado y frágil como una cinta de seda gris. Al agacharme comprobé que se trataba de una piel de serpiente. No sé por qué, pensé que aquello era obra de Fiore, la hija de la señora, y cuando volví a verla, en la salita que había junto a la entrada principal, le di las gracias por el obsequio. Se ruborizó y se fue corriendo, golpeando al salir una mesa con la cadera. Un jarrón se balanceó sobre su base, pero no llegó a caer.

La *signora* levantó la vista de sus cuentas.

—Me parece que se ha prendado de usted —dijo.

Esa tarde le pregunté a Fiore si estaría dispuesta a enseñarme la ciudad. Se mordió el labio inferior, dio media vuelta y se alejó hacia la ventana. Caía una llovizna fina como alfileres. Quizá hubiera un par de sitios, dijo por fin, a los que podía llevarme.